



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 81 – 22 de Diciembre de 2015

## En este número

1. El hijo de Adriana, *Emilio Álvarez Frías*
2. El voto de la utopía, *Manuel Parra Celaya*
3. Perdió España, *Honorio Feito*
4. El último cara a cara, *V. Gago*
5. El puñetazo, *Enrique García Máiquez*
6. Violencia ideológica, *José M<sup>a</sup> García de Tuñón Aza*
7. Cantinela anual, *Miguel Pujadas Cabestany*
8. Epístola de Navidad para los heterodoxos, *José Manuel Cámara López*
9. Manuel Hedilla, el mito y la realidad, *-Fernando García de Cortázar*

## El hilo de Ariana

### Emilio Álvarez Frías

**A**unque no estén convencidos mis paisanos de toda España, el botijo es para nosotros como el hilo de seda de Ariana que nos une, un pueblo con otro, hasta formar un gran laberinto en el que estamos todos engullidos. Por eso traigo en esta ocasión un tradicional botijo manchego, de los que se llevaban a la siega o a la vendimia, con el que se avienen magníficamente los toledanos, al salir de la misa oficiada por el Señor Obispo a mediados de agosto de cada año, para dar la señal de salida de sus Ferias anuales. Podíamos haber tomado una imagen del Alcalde durante ese rito, que la tenemos, pero hemos preferido disfrutar del buen estilo de que hace uso Ángela Moreno, que fuera concejal por el PP del susodicho Ayuntamiento.



Aunque algunas veces lo dudemos, ese hilo de seda nos viene enrollando a todos a lo largo de siglos, y, salvo cuando algún majadero es tocado por el muermo u otro mal parecido, vamos saliendo, mejor o peor, de los líos en los que nos metemos por propia intención.

Ahí estamos ahora, metidos de lleno en un buen lío, pues nos hemos empeñado en contar con una amplia caterva de representantes, ajuntada en amplios grupos, que han obtenido un número de votos parecido, y en las que todas sus figuras quieren ser el jefe, el Presidente del Gobierno por más señas. Y, claro, no

puede ser. De forma que hemos de tenido que esperar a ver si se aclaraba la marea y se deshacía

la madeja para empezar a opinar.

Estamos convencidos de que todos competidores han prometido mucho, algunos incluso se han pasado de pueblo, y ahora ha de venir el tío Paco con la rebaja, pues no es posible ordeñar la vaca incluso cuando ya ha dado toda la leche que tenía en las ubres. A la vista del panorama, a nosotros, como al noventa por ciento de los españoles cuando espabilen, nos corresponderá mantener una constante cantinela reclamando lo que nos deben en función de las promesas hechas. Incluso pidiendo todo aquello por lo que les hemos votado, que será muy amplio y variado y distinto incluso a lo ofrecido, pues nos han asegurado que estamos en el cambio donde el pueblo es el que ha de gobernar y se han de cumplir sus deseos. ¡Es estupendo! No nos temblará la mano en las peticiones. Y sacaremos el botijo como tótem reivindicativo de nuestros deseos, sin dejarle ni un momento tranquilo, ya que ha de comunicar a nuestros vecinos, a los de toda España, qué es lo que consideramos preciso realizar para que el país se ponga en marcha, para que las instituciones adquieran su significado y responsabilidad, para que la corrupción sea algo del pasado, para que la enseñanza de los jóvenes resulte digna y su formación se complete con los saberes que les hacen hombres (y mujeres, entendámoslo al sentido del diccionario, que nos tienen muy confundidos tanto los periodistas, como los políticos, como los eclesiásticos), para que decaigan los enfrentamientos, para que la paz reine de verdad entre todos, con olvido y perdón de lo que nos separa.

Ahora bien, para aclararnos, una vez que se ha confirmado lo que ha salido de las urnas, no queremos escaparnos sin dejar una opinión sobre el resultado de las elecciones, que no nos ha extrañado.

Pensamos que al PP se le han escapado los votos que consideraba seguros porque la terquedad de no querer saber en qué redil los tenía le ha llevado a descuidarlos sin ofrecerles el alimento preciso y apetecido por sus adictos.

El PSOE, con un pastor que se creyó suficiente para todo y no precisaba perro que mantuviera debidamente conjuntado el hato, fue despeñando las ovejas por los riscos; al ser tal la soberbia y mal tono de ese pastor malencarado en el enfrentamiento. autoenaltecido en la peña de cartón piedra que se había creado, se encontró con que en el momento de la verdad el rebaño se dispersó sin poderlo agrupar; y aun cayendo, ha seguido profiriendo los mismos deseos, las mismas promesas y al tiempo las mismas amenazas de encumbrarse en el sillón del ganador del primer premio que por derecho quedó vacante.

Por otro lado, ese raro ejemplar de espécimen que ya se consideraba erradicado, y no protegido como el lince ibérico, por poner un ejemplo, y que ha renacido bajo la denominación de Podemos, ha sabido ir engañando, como el lobo de Caperucita. a las ovejas desnortadas, crédulas hasta



soñar casi con un paraíso idílico, y ha metido en su aprisco a un número elevado de seguidores que no saben dónde van, porque unos probablemente habrás leído poco de la historia patria, otros muchos procederán de los planes de enseñanza que ha parido la Transición, otros porque no saben siquiera lo que es pensar, consiguiendo con ello el mencionado espécimen un respetable resultado que puede convertir a España en un pandemónium del que resulte difícil salir porque los gritos, la agitación y la confusión obstruya todas las salidas de la majada al haberse perdido la orientación respecto a dónde está el horizonte.

En esta iconografía no podía faltar el hada madrina de los cuentos de Perrault, o de otros

cualesquiera, en forma de Ciudadanos, para equilibrar la escena, con variadas ofertas para distintos gustos, recogiendo las ovejas desperdigadas, gran parte por no cuidar el redil quien creyó que lo tenía bien guardado, en algunos casos por calmar a las asustadas que se perdían por las rocas, buen número porque nunca dejaron de creer en los cuentos y se vieron representados en estas hadas que con sus perifollos eran capaces de recomponer todas las torpezas del resto del elenco de la función.

De los restantes figurantes no merece la pena ocuparse por su entidad; aunque sí pueden ser objeto de preocupación dependiendo del árbol al que se arrimen, o del cobijo del que los llamen.

Digamos que ahora solo falta la aparición del príncipe encantado que trae la paz y sugiere el orden que debe reinar en el escenario.

## El voto de la utopía

### Manuel Parra Celaya

**E**scribir hoy, lunes 21, sobre los resultados electorales es tan sencillo como difícil analizarlos en profundidad y con visos de originalidad; y materialmente imposible predecir en qué pueden desembocar de cara a conseguir, por lo menos, la gobernabilidad de España. Con todo, aún estamos algo lejos para autocalificarnos de *casa de putas con balcones a la calle*, que es como Pérez-Reverte denomina a la Primera República en su último artículo; valga este magro consuelo para los apocalípticos.

Me contento, en consecuencia, con transcribir algunas primeras reflexiones de mi cosecha, por lo tanto totalmente subjetivas y abiertas a la crítica y al rapapolvo de otros más doctos que un servidor en materia política. La primera impresión que salta a la vista es el espectacular salto de *Podemos*, del que hay que destacar algunos aspectos determinantes: primero, su ascensión imparable desde los inicios como expresión de la *indignación* callejera; segundo, su mensaje, inequívocamente rompedor, marxista y, no conviene soslayarlo, ilusionante para amplios segmentos de jóvenes; tercero, su ambivalencia calculada para superar, por una parte, la inclinación del voto separatista en Cataluña y, por otra, de hacerle cucamonas a este con la promesa de un referéndum y el concepto de la *multinacionalidad* de España, como incorporación a una reforma constitucional; cuarto, su paralelismo, a escala internacional, con Grecia y Portugal y, por tanto, su casi unamuniana *agonía* entre el realismo que le viene impuesto por el Sistema de la mano de Bruselas, como al resto de fuerzas políticas, y la utopía, connatural al mensaje de ilusión que ha calado.



Lo curioso es que *Podemos* no ha sido considerado, desde su fundación y a pesar del *tic tac* amenazante, como el enemigo natural para el PP, y sí, en cambio, lo ha sido *Ciudadanos*; recordemos que una de las principales armas utilizadas contra Albert Rivera, desde la izquierda *pero sobre todo desde la derecha*, ha sido el sarcasmo envenenado de su supuesto paralelismo con el falangismo joseantoniano. Y es que la derecha no cambia, y sus enemistades ancestrales se imponen sobre cualquier lógica política...

Lo cierto es que muchísimos españolitos han votado por la ilusión y no por el *materialismo histórico economicista*, que era el plato fuerte de la campaña del partido gobernante. ¿Curioso? En todo caso, ha sido el voto de la utopía, pero no reconocida como tal, sino como expectativa y alternativa. No dudo en encuadrarla dentro de la *poesía que destruye*, a fin de cuentas poesía, mientras que ni el PP ni el PSOE han conseguido invocar una *poesía que promete*. ¿Nos suena?

Difícil equilibrio el de *Podemos*: entre demagogia y realismo; entre jacobinismo unitario y concesiones a los secesionistas; entre radicalismo y moderación. En todo caso, el voto responde a una parte significativa de la sociedad española a la que el Sistema ha privado de cualquier norte sugestivo y que ahora se revuelve contra aquel.

Si algún día los joseantonianos logramos configurar una alternativa rigurosa con cara y ojos, podemos sacar varias consecuencias de la ocurrido ayer: ni cruzar la barrera entre anacronismos y utopías ni refugiarnos en aburguesadas posiciones de acomodo a lo establecido, errores en que hemos venido cayendo a lo largo de nuestra historia. A lo mejor, aún está por *inventar una poesía que promete* para el siglo XXI.

## Perdió España

### Honorio Feito

**H**ay un detalle a la pregunta de los periodistas, a la salida de Pedro Sánchez de los estudios de la Academia, dirigiéndose a su vehículo, sobre el debate y su agresividad, que él contesta vagamente justificándose de que es lo que los españoles desean. No es literal, por eso no entrecorrimos. Habría sido bueno para él poder demostrar que muchos miles de españoles le depositaron esas inquietudes, especialmente, para justificar la chabacanería y la agresividad que esgrimió durante el cara a cara con Mariano Rajoy.

A mi no me ha decepcionado el debate. No esperaba nada de él, ni siquiera esa acritud, rayando la violencia, con que el candidato socialista pretendió equilibrar la balanza de los votos, desfavorables a él y a su partido según las encuestas. En el anterior debate a cuatro, ganó Rajoy, pese a las críticas, dejando que Soraya se batiera con los otros tres aspirantes. En este no ganó nadie, ni los contendientes, que no estuvieron a la altura, ni los ausentes que, en una artimaña, trataron de aprovechar el fiasco en su favor. Hicieron como los toreros cobardes, que meten la tripa cuando pasan los cuernos, y la sacan después embadurnando la taleguilla de sangre de las agujas del morlaco. No cuele entre los aficionados.

No ha ganado nadie, pero ha perdido España. Este es el nivel. Este es nuestro comportamiento en los foros nacionales e internacionales. Estas son las preocupaciones de quienes aspiran a



governarnos los próximos cuatro años. En otras palabras, les importamos un carajo los españoles, los pensionistas, las fuerzas de seguridad, el Ejército, los profesionales de la enseñanza, los niños, los jóvenes, las madres solteras, y

las casadas, los trabajadores por cuenta propia, y los afortunados que trabajan por cuenta ajena... o sea, que no les importa España ni en el contenido ni en el continente.

Cuando en 1905, en París, la legación española que presidía Montero Ríos tuvo que soportar la soberbia de los norteamericanos, vencedores de los conflictos de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, quedó patente la incapacidad española para negociar en los escenarios internacionales. El imperio se había venido abajo, y a los españoles les embargó la depresión que caracterizó a nuestra generación del 98.

Tras la celebración del show de las televisiones –las televisiones viven ahora su gran momento– utilizando en esta ocasión a dos candidatos a ocupar, nada menos, que la Presidencia del Gobierno de España, mostrándose como dos desesperados en paro laboral que tuvieran la oportunidad de sacarse unos euros en un programa concurso, se ha puesto de manifiesto la talla del personal que nos gobierna o que nos pretende gobernar. El candidato del Partido Popular, Presidente en funciones, timorato y débil, falto de energía, según hemos estado padeciendo a lo largo de esta legislatura que ahora termina, especialmente en lo referente a Cataluña, desaprovechó muchas oportunidades para levantarse y acabar con el espectáculo, aunque no fuera políticamente correcto. Arrinconado contra las cuerdas e incapaz de mostrar un mínimo de amor propio. Es su manera de ser, según ha venido demostrando en su vida política. Representando el papel de un tecnócrata que, avalado por los datos, pretende sacarle punta al lápiz de su éxito. Frente a él un deslenguado, mal educado y agresivo candidato del PSOE con una atropellada exposición de argumentos por demostrar, interrumpiendo permanentemente a su adversario, llevando el debate al terreno personal, violando una norma no escrita, pero estrictamente observada, según la cual el ejercicio de la política no interfiere en las relaciones personales. Sánchez protagonizó el intento desesperado de un naufrago sobre cuyas espaldas pesan, además, las historias de corrupción de los ERES de Andalucía y la pésima gestión del anterior equipo de gobierno de su partido, presidido por Rodríguez Zapatero. Hay que tener muchos bemoles, o ser un auténtico insolente, con esta herencia, para asomarse a los hogares españoles y tener una actuación de cinismo y acometividad como la que él realizó. O ser un desesperado que, en su intento por salvar la situación, se resigna a morir matando. ¿Se lo imaginan ustedes en una reunión del Eurogrupo?, ¿o debatiendo en reuniones diplomáticas internacionales? ¿En el salón oval de la Casa Blanca? No me parece que en su partido disfrutaran ayer con su candidato, sinceramente.

Me falta la figura del moderador. Al margen de las presentaciones, Campo Vidal destacó por ser estatua de sal cuando debería haber tenido el control. Comenzó rebajando a Rajoy de Presidente en funciones del Gobierno a simple candidato del Partido Popular, lo que le daba a él autoridad suficiente para controlar el debate. Debió cortar de raíz las alusiones personales y exigir a los dos contendientes que expusieran –si las tenían, porque Sánchez parece que no las tenía ni las tiene– las bases de su programa de gobierno si llegan a La Moncloa. Campo Vidal consintió las continuas interrupciones de Sánchez a su oponente, el mal gusto del debate, los insultos y el ambiente chabacano mostrando falta de autoridad. Cero también para el presentador.

## El último cara a cara

---

V. Gago

**D**ecir que fue «el último cara a cara del bipartidismo» quizá sea excesivo. El debate de Pedro Sánchez y Mariano Rajoy fue un encontronazo hosco, incluso pendenciero, pero «bipartidista», lo que se dice «bipartidista», es mucho decir.

Baja el volumen de tu televisor, mientras Sánchez llama «indecente» a Rajoy por el caso Bárcenas, y Rajoy le responde con las lindezas de «ruin, mezquino y miserable», todo delante de un moderador a quien el pelo se le vuelve azul cobalto o turquesa Fukushima por momentos. Si hay un «último cara a cara del bipartidismo», ese es la efigie criogenizada de Manuel Campo Vidal, Jano Bifronte viendo cruzar las flechas. Si bajas el volumen de los improperios, no te costará descubrir que Rajoy y Sánchez estuvieron de acuerdo en sus silencios. Nada esencial los

separa en su impasibilidad: ni una palabra del sistema electoral que los prima, de la financiación partidista que los unta con el dinero de la gente, del reparto de jueces que los blinda. Nada sobre el tamaño del Estado que les permite colocar a sus allegados. Sin noticias de las diecisiete Comunidades Autónomas, con sus diecisiete parlamentos, sus diecisiete canales de televisión, su despotismo lingüístico en Galicia, Cataluña, País Vasco, Baleares o Valencia. Ni *mú* de la ingeniería social mediante la ideología de género o el aborto, que ambos partidos comparten.

Hubo un momento del debate de una intensa clarividencia. Sánchez intentaba que Rajoy apareciera como un retrógrado frente a los «avances» del feminismo radical. Le reprochaba que, bajo su mandato, se haya reducido el presupuesto para luchar contra la «violencia de género». Rajoy le respondió con insistencia que no valía la pena discutir sobre un asunto en el que –dijo– están «muy de acuerdo en todo», y que lo mejor era pasar a otras cosas, seguramente pensando en los números que le habían preparado, sobre lo bien que va la Economía. La escena resume la renuncia del PP a defender un modelo de sociedad alternativo al de la izquierda.



Sánchez y Rajoy fueron lo mismo en la manipulación y la mentira con las cifras. Se ducharon el uno al otro con números trucados y retahílas estadísticas imposibles de seguir, que nada decían o dejaban la sensación de un tosco juego de manos. Demasiadas pruebas fatigan la verdad, decía el pintor Georges Braque.

Debajo del volumen de la aparente trifulca, no fue el «ultimo cara a cara del bipartidismo», sino, más probablemente, el primer soliloquio de la unanimidad que viene.

Tomado de *Actual el brief*

## El puñetazo

### Enrique García-Máiquez

**P**or mucho que algunos –Rajoy incluido– pidan que el puñetazo no afecte a las elecciones, no se golpea con asepsia al presidente de Gobierno ni al candidato preferido (según las encuestas) por la mayoría. No sólo se sienten golpeados los simpatizantes del PP, sino todos los ciudadanos de bien; y, entre ellos, los indecisos. Declaremos cuanto antes la más absoluta repulsa a la agresión, para analizar cómo ese golpe atroz incide en el panorama.

Por supuesto, está la innegable corriente de simpatía y solidaridad que ha movilizado, que es natural, y que tiene mucho mar de fondo. Como saben, a menudo he subrayado aquí la táctica del PP de desplazarse al centro-izquierda, seguro de que el votante de derechas les cae por su propio peso. El salvaje puñetazo me ha permitido entender mejor esa estrategia y, de paso, a quienes se hacen cruces porque yo sostenga que el PP no es de derechas. El puñetazo hubiese sido innecesario (como lo es) si yo me hubiese estudiado mejor a Carl Schmitt.

Según el jurista alemán, la esencia de lo político estriba en la dialéctica amigo-enemigo. Siendo el enemigo el que nos define. Y aquí hay bastantes (más allá del descerebrado de Pontevedra y los bobos que lo jalean en las redes) que odian al PP... por ser de derechas, aunque no lo sea ni en su programa ni en sus principios ni en sus políticas prácticas. Pero al serlo para sus enemigos

les basta a muchos conservadores, y lo votan. El PP real no les gustará tanto, pero ese PP virtual que imaginan y atacan sus rivales sí merece ser defendido.

La prueba fundamental de este desdoblamiento es que Rajoy va a ganar las elecciones con los peores índices –al menos hasta ahora– de popularidad. Pero otra prueba se vio en el debate. Rajoy, en realidad, no se enfadó ni se desconcertó cuando Sánchez le llamó indecente, sino antes, recuerden. Cuando le imputó haber limitado el derecho a decidir (de abortar) de las embarazadas. Rajoy se indignó de que le acusaran de cumplir su programa electoral, como no había hecho de ninguna de las maneras. En ese instante se superpusieron el PP de derechas de sus contrincantes (que es el que da votos entre sus partidarios) y el PP posmoderno de Rajoy, que se los busca nuevos, con las espaldas bien cubiertas por los que le critican por lo que no es. Parece complicado, pero no lo será tanto cuando algo tan estúpido como un puñetazo irracional nos permite verlo tan claro.

Tomado de *El Diario de Cádiz*

## Violencia ideológica

José M<sup>a</sup> García de Tuñón Aza

**E**l periódico ovetense *La Nueva España* cuya cabecera perteneció en su día a Falange Española de las JONS sin que nadie, por aquello de la Ley de la Memoria Histórica haya pretendido cambiarle el nombre por miedo a perder espacio en sus páginas, ha publicado recientemente lo que pretenden los concejales de Izquierda Unida, o sea, los comunistas. Pretenden nada más ni nada menos que a la Plaza de la Gesta, ubicada precisamente al lado del periódico, y que recuerda la defensa de la ciudad entre el 19 de julio y el 17 de octubre de 1936, le sea cambiado el nombre. Con enorme asombro, muchos ovetenses nos hemos despertado con la noticia de que lo que quiere ese grupo es cambiar el nombre actual de la plaza por el de Nelson Mandela, ex presidente de Sudáfrica.

Vistas como están las cosas, no hubiera sorprendido que quisieran, por ejemplo, ponerle el nombre de Indalecio Prieto que nació en Oviedo, aunque sus revolucionarios dejaran en el 34 la ciudad casi como solar; o el del general rojo José Miaja que también nació en esta capital y que un día un nefasto alcalde del PP ofreció a su familia dar su nombre a una de las calles ovetenses,



deseo que hasta ahora no se ha cumplido, pero que se cumplirá porque la izquierda, que gobierna en el Ayuntamiento, no habrá perdido el rastro que dejó aquel alcalde del PP, Gabino de Lorenzo, el mismo que dijo que le parecía bien, porque se merecía que el

Ayuntamiento de Gijón nombrara hijo predilecto a Carrillo, y porque había contribuido a algo que todavía no se ha terminado, la reconciliación nacional. Se conoce que este ex alcalde no tiene a ningún familiar enterrado en Paracullos. Pero además, hasta la fecha, no ha dicho nada por este cambio de nombre que unos irresponsables y absurdos pretender hacer en una de las plazas más emblemáticas que tiene la ciudad de Oviedo.

Nelson Mandela, que para algunos pasó de terrorista a político y que sus críticos también le acusan de haber sido comunista, recibió el Premio Lenin de la Paz que entregaba la Unión Soviética y que ya habían recibido, entre otros, los comunistas Dolores Ibárruri, Fidel Castro, Pablo Neruda, Pablo Picasso, etc. El nombre de Lenin, que llevaba este Premio de la Paz, fue el que articuló conceptos como los de terror de masas o enemigos de clases que se traducirían en decenas de millones de víctimas. En sus inicios este Premio llevaba el nombre de Stalin, el

hombre que al estallar la guerra civil española mandó a España a sus agentes. El NKDV que se encargó de liquidar a los que se interponían a su estrategia: anarquistas, trotskistas y militantes del POUM. Capturado en junio de 1937 el líder Andreu Nin fue torturado y asesinado y su cadáver jamás apareció. Todas las muertes que causaron estos hombres y que, curiosamente, con un cinismo sin precedentes, alguien utilizó sus nombres, para inventarse ese Premio, que causaron millones de muertos. Vladimir Putin, el líder ruso, condenaba, hace años, la muerte de 30 millones de personas en la represión soviética. Algunos historiadores suben ese número. También es verdad que Mandela recibió el Premio Nobel de la Paz.

Pero volviendo al cambio de nombre de la plaza de la Gesta, el periódico *La Nueva España*, entrevista a una serie de vecinos de esa plaza, publicando, asimismo, una fotografía de cada uno de los entrevistados. Me ha llamado mucho la atención lo que al periodista responde una joven: «Es un cambio ideal para ir acabando con los vestigios de la dictadura franquista». Ante semejante contestación,

no me cabe en la cabeza que una persona que nació años después del fallecimiento de Franco, seguramente más de una generación por el medio y dos cuando ha



dicho lo que ha dicho, destile semejante odio. El mismo que los que han pedido el cambio de nombre, pero éstos ya son personas mayores, nietos de aquellos otros comunistas que durante la transición, como García Salve, *Pasionaria*, Ignacio Gallego, Ramón Tamames, Julio Anguita –de quien Carrillo dijo, según el diario *El País*, 17 de septiembre de 1996, que admiraba más a José Antonio que a Marx y a Lenin–, no pidieron ningún cambio. Son ahora sus nietos, tengo que volver a repetirlo, los que lo piden. Así, pues, es necesario recordar de nuevo aquel poema de Antonio Machado que termina con estos versos: *Españolito que vienes / al mundo te guarde Dios / una de las dos Españas / ha de helarte el corazón.*

## Cantinelas anuales

### Manuel Parra Celaya

**N**o son nada originales, más bien *cansinos*, como dice nuestro inigualable José Mota: cada año, por estas fechas, la misma cantinela... Por si no lo sabían, un amasijo de supuestas entidades ha manifestado su protesta por la presencia del stand de las Fuerzas Armadas en el Salón de la Infancia que tradicionalmente se celebra en Barcelona en estos días navideños.

Dicen los medios que «*son sesenta asociaciones*» y uno se pregunta al respecto varias cosas: existencia real, número de componentes, interrelación entre ellas y, sobre todo, representatividad de ese curioso entramado social, creado desde arriba y dotado con generosas subvenciones oficiales.

Sea como sea, estos *concienciados* ciudadanos se han dirigido, entre otros, a la Presidenta del Salón –la señora Helena Rakosmik, que casualmente es la esposa de Artur Mas– en un escrito con el lema *Desmilitarizar la Educación*; según las sesudas declaraciones de la llamada «*Federación Catalana de ONG por la Paz*», la protesta se justifica porque «*el Ejército encarna valores perjudiciales para la infancia*», y, claro, se oponen rotundamente, no solo a que los niños asistentes al Salón se encaramen en el rocódromo y corra por la infantil pista de aplicación con obstáculos, sino a que se lleven a cabo jornadas de puertas abiertas en los cuarteles o que se den charlas en los colegios para explicar a los escolares que existen unos españolitos de uniforme que se pueden jugar la vida por defenderlos.

Se me ocurren varios comentarios al respecto, pero, por aquello de la corrección y porque uno ya está inmerso en el espíritu navideño, me limitaré a los más evidentes. Uno de ellos se refiere a esa asignatura pendiente en España que se llama relación Ejército-Sociedad, y que en todas las naciones, más serias, de nuestro entorno ya está más que aprobada con suficiencia. Aquí no. Estoy convencido de que las imágenes de estos días pasados de los soldados patrullando por las calles de París o de Bruselas serían objeto por estos pagos carpetovetónicos de algún tipo de contestación mostrenca, como la que nos ocupa...

Otro comentario que me suscita la noticia es de lástima profunda por esa anacrónica fijación del progresismo casoso y decimonónico en su antimilitarismo a ultranza; suele confundir - intencionadamente- churras con merinas, el culo con las témporas (con perdón) y el ser pacífico con el ser pacifista, cuando, precisamente, son los Ejércitos los primeros en desear la paz, razón por lo cual deben prepararse para defenderla con las armas en el caso de que algún enemigo, exterior o interior, pretenda alterarla, y con ella valores como la libertad o la unidad o la igualdad entre ciudadanos. Y no señalo más, porque queda feo...



En tercer lugar, y ya que esas presuntas entidades hablan de *valores* en su furibunda protesta, quizás valga la pena recordar que, sin necesidad de acudir a los inmortales versos de Calderón de la Barca (que, con toda seguridad, desconocen), los Ejércitos se sustentan, axiológicamente, en principios tales como la abnegación el compañerismo, la solidaridad, el esfuerzo, el trabajo en equipo, la disciplina y el patriotismo, tan ausentes, por cierto, de nuestras aulas y tan imprescindibles en la educación de niños y jóvenes.

Por último, y para no cansar más al lector, se podría buscar sin mucha dificultad la relación de esta protesta pacifista de todos los años con el antiespañolismo rampante del separatismo catalán de estos días, al que le saca de quicio la sola visión de una bandera nacional, le produce sudores el vuelo de aviones con la escarapela rojigualda en festejos ciudadanos y dolores de estómago la presencia de unos jóvenes orgullosamente uniformados que ayudan a los niños a colocarse correctamente un arnés de escalada en el Salón de la Infancia.

Seguro que este año, si el stand sigue abierto y no se cede a las estúpidas presiones, frente a él se formarán, como siempre, las mayores colas de niños y papás, con el fin de vivir, aunque solo sea un momento, la experiencia de ilusión y de aventura que les proporciona el Ejército de todos los españoles.

## Epístola de Navidad para los heterodoxos

José Manuel Cámara López

**N**uestra sociedad, tan huidiza hoy de compromisos y negadora de sus propios valores no puede rechazar, salvo negándose a sí misma, que está empapada desde la raíz de lo que fue la savia judeo-cristiana sin la que particularmente nosotros, como españoles, europeos y occidentales, no seríamos históricamente, en primer lugar, ni siquiera, comprensibles. En el aspecto de los principios y los valores que nos conforman conviene, tal vez mejor en estas fechas, hacer alguna reflexión. Intentaremos no hacer prédica religiosa, tan solo, repito, acercarnos al universo de las ideas en las que estamos instalados. Instalados todos, eso pienso.

Podemos hacer la prueba de una manera sencilla: Tome cada uno los Diez Mandamientos y elimine de los mismos aquello que según su parecer fuera innecesario para construir, laica o no, una sociedad moderna, solidaria, justa, moral y democrática. Objetivos en los que todos estaremos de acuerdo, salvo absurdos conceptos racistas o «destinos manifiestos» de pueblos elegidos. Veremos que muy pocos de los conocidos «Diez Mandamientos de la Ley de Dios» serían descartables. El undécimo «Amarás al prójimo como a ti mismo» debería obtener la aceptación universal.

Ítem más. Tomados directamente de la Ética Cristiana (aunque de origen en Platón es integrada como herencia por el Cristianismo) podemos debatir sobre las conocidas como Virtudes Naturales o Cardinales que luego desarrollarán San Agustín y Santo Tomás de Aquino. Veamos: Prudencia (equilibrio, sosiego); Justicia (dar a cada uno lo que se merece); Fortaleza (empuje, valor, no rendirse jamás); y Templanza (comedimiento y gusto mesurado por la vida). Las Virtudes Teologales ya están definidas claramente en el ámbito de la religión (Fe, Esperanza y Caridad) pero no obstante cabría deducir de ellas una vertiente «humanista» a poco que pensemos en ello, ¿fe y esperanza en un hombre y en un mundo mejor? ¿Caridad es también solidaridad con el prójimo? Seguimos recolectando.

Poco a poco vamos contemplando un cuadro de valores de referencia útiles para nuestra vida personal y necesarios para la colectiva en esa «sociedad ideal» que estamos aquí elaborando. Y una vez escogidos los principios de índole superior (tal vez caben otros además ¿por qué no, la Ecología y los Derechos Humanos si pensamos que quedaban poco expresados antes?) de tal manera que iremos conformando un cuadro de conducta moral donde son inevitables los deberes como consecuencia del manifestarnos como seres libres. Conducta moral que nos afecta



personalmente, que apela a nuestra conciencia y que como decíamos, nos obliga a actuar en un sentido u otro y con ello ir limando, dando forma y construyendo ese proyecto siempre inacabado que es el ser humano. Conducta que oscilará siempre entre el mundo real de las cosas y los hechos de un lado y en el otro extremo el mundo ideal de los sueños y legítimas utopías, pues ¿quién no aspira a la justicia, la bondad o el reparto de la riqueza en un grado perfecto? Pues es en ese discurrir por la vida, a través de las obras y el

pensamiento, del compromiso y la exigencia, es como se puede llegar a la autenticidad. La perfección no nos es alcanzable, pero sí lo es el camino de la misma. Y eso es así porque todos los hombres estamos dotados de la posibilidad de ejercer unas virtudes morales. Eso implica aceptar el reconocimiento del hombre en su integridad, libertad y dignidad a la vez que dotado de razón. Así lo explica el maestro Manuel Parra Celaya exponiendo lo que decía José Antonio Primo de Rivera al referirse al hombre, en frase afortunada, como portador de valores eternos. Entendamos por eternos aquellos que son inmanentes, es decir, inherentes e inseparables de su esencia y por tanto extensibles a todo ser humano, sin distinción de nación, sexo, raza o condición; desde que nace hasta su último estertor; desde que está, allá en el principio de los tiempos, en pie sobre la tierra, hasta el último individuo que sobre ella pueda sostenerse.

Hasta ahora vivíamos de esa «razón histórica» que costó siglos construir. Pero Occidente hoy pretende olvidar su esencia y al hacerlo reaparece el culto del becerro de oro levantado sobre los huesos de los más humildes, de los desheredados, de los más pobres, otra vez o mejor dicho,

como siempre. El triunfo del egoísmo, del hedonismo, del materialismo y del capitalismo desalmado. Demasiados «ísmos» como para no rebelarse.

Y para mejor medrar, convienen los poderosos en repudiar el ejemplo de Aquél al que llamamos Cristo y que ponía el peso del hombre en su destino libre y trascendente. Y con ello, al negar nuestro origen cristiano nos abocamos a una profunda crisis. No se pueden separar las religiones de sus civilizaciones adyacentes para entenderlas. Pero en ese intento de ocultamiento siempre saldremos perdiendo porque estamos dando paso al relativismo feroz al apoyarnos ya tan solo en valores tambaleantes, menores, revocables, accidentales, provocando la segura caducidad de ideas y creencias. Esto daría para dejar aquí entrar en juego a Ortega a explicarnos que las primeras (las ideas) las tenemos y las segundas (las creencias) nos tienen a nosotros. Pero es el caso, que sin ellas no tendremos nada, algo sí, únicamente el vacío.

Así es que algunos pretenden negar, sin recambio, el mundo de aquellos valores que, desde Grecia hasta hoy, han tejido la urdimbre espiritual de nuestra civilización. La que ponía al hombre como fin y no como medio (filosofía), la que afirma que el hombre es el sistema (política) y la que asegura la trascendencia de todo ser humano (religión). Siempre optativos en nuestra concepción del mundo.

Pero en esa visión de las cosas, otros sí nos afirmamos, decimos sí a lo sustancial. Ya decía Pascal aquello del «yo no sé si Dios existe, pero hemos de vivir como si existiera» en clara referencia a la imposibilidad de desvincularnos de unos principios entrañados ya en nuestro espíritu. Un universo de ideas que hace de cada ser humano un ser libre, único e irrepitible.

Nos vamos, discurrendo poco a poco, alejando tanto del descreimiento como de toda teocracia, faltaría más. Ya avisamos que esta era una carta dirigida a aquellos que lo sean o se atrevan a ser heterodoxos en cualquiera de sus varias acepciones. Y es que ya hoy creer en algo que esté por encima de la suela de nuestros zapatos, supone para el ¿pensamiento? obligatorio una peligrosa herejía.

Encendamos una luz a la esperanza. El mundo que hemos heredado empezó, como la Era, un día de Navidad, en un pesebre. Fabulosa metáfora. Así fuera un mito, no importa. El mensaje que allí aparece es radiante: pone al hombre sobre la norma, como valor supremo, ninguna ley humana



puede ahorrar nuestra conciencia. Y nace también el Amor como concepto moral. Amor al otro, al pobre, al desconsolado, al bárbaro, al desconocido, al enemigo... porque es tu hermano. Y por ello, y solo por ello, debemos ser juzgados. «Al atardecer de nuestras vidas, se nos juzgará por el amor» decía San Juan de la Cruz. «Venid, benditos [...]. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; sed, y me disteis de beber; peregriné, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; preso, y vinisteis a verme» (Mt 25,34-37). La

moral de Jesús se vuelve así, además, moral social (profesor Manuel Sánchez Cuesta) en la que descubrimos, sin esfuerzo, valores tan «modernos» como la justicia, la solidaridad y la igualdad. Se convierte en cuestión ética, de conducta. No necesariamente, o tan solo, religiosa. Ahí está la clave: puede valer para cualquiera.

Este imperativo amoroso es además universal y maximalista, es decir, alcanza a todo ser humano.

Y tanta grandeza abarcadora cabe en un sencillo Portal de Belén. Un símbolo que solo será completo con el de la Cruz. Hay que tener la conciencia muy errada (¿o será herrada?) para intentar quitar todo eso de nuestra vista, para intentar desvirtuarlo o extirparlo de nuestras conciencias. Aceptar eso implica que, sencillamente, nos estaremos desintegrando, autodestruyendo.

Y yo no quiero ese final. Creo en el Amor, creo en el Hombre. Y en los valores que defiende la Ética cristiana.

Por eso ya he puesto en casa mi Portal de Belén. Y por si las moscas, como todos los años también, ahí he puesto de guardia al Benavides, aquél legionario con cara de pirata y corazón de arcángel, cuya maravillosa historia algunos ya conocéis pero cuyo colofón es que murió modelando entre sus manos, un Niño Jesús de nieve. Entregó la vida con el Amor entre las manos. A ningún heterodoxo se le escapa que El Benavides no se dejaría arrebatar jamás, ni por las buenas ni por las malas, aquello en lo que creía.

¡Sursum corda!

Feliz Navidad

---

## Manuel Hedilla, el mito y la realidad

---

### Fernando García de Cortázar

**C**uando le llegó la muerte, en 1970, Manuel Hedilla, sucesor de José Antonio al frente de Falange, encarnaba el mito de la autenticidad nacionalsindicalista. El verdadero falangismo, construido en la intemperie previa a la guerra civil, había sufrido el peor de los destinos: ser justificación ideológica del poder sin conseguir inspirar sus acciones políticas. El espíritu español y revolucionario de Falange, defensor de la justicia social, el que promovía la regeneración de España como unidad de destino en lo universal; la bandera izada en octubre de 1933 frente a la falta de patriotismo de una burguesía abúlica y la humillación de unas clases

trabajadoras desnacionalizadas; todo ello había quedado reducido a la pura nostalgia de una «revolución pendiente». Era a la que habían llamado Ramiro Ledesma y José Antonio Primo de Rivera, al entender que el nacionalsindicalismo impulsaba la plenitud de la realización nacional. Esa «revolución pendiente» había sido la exigencia de los falangistas que se enfrentaron a la desnaturalización de sus principios y a la identificación de sus ideales con la práctica de la dictadura franquista.



Nunca puede construirse una leyenda sin ingredientes de verdad. A medida que, en los años sesenta, el régimen se abrazaba a la modernización social y económica de los planes de desarrollo, los incorruptibles del falangismo eran tachados de aguafiestas que amargaban el banquete de la prosperidad estimulada por el discurso de los tecnócratas. En un número creciente de actos, con presencia de altas jerarquías del régimen, la irritación falangista

escenificó la manipulación del legado joseantoniano, reducido a mero ornamento o símbolo cautivo de un sistema cada día más alejado de los valores fundacionales del Movimiento.

Por eso fue en aquellos últimos años de su vida, cuando a Manuel Hedilla se le erigió como modelo de una resistencia inicial de Falange al franquismo. Su sacrificio personal – condenado a muerte en 1937, encarcelado y confinado durante diez años– encarnaba la dignidad y la coherencia de quien podía haber sido altísima jerarquía del partido único, frente a la tentación poderosa del pragmatismo sin principios. Antiguos militantes y jóvenes estudiantes promovieron la resurrección de una Falange antifranquista en los años sesenta, y lograron poner indignación y frescura a la reivindicación del nationalsindicalismo, que halló en Hedilla al hombre ejemplar. Las investigaciones de los historiadores han ido poniendo las cosas en su sitio. Si el mito se alimentaba de hechos tan ciertos como el sufrimiento de Hedilla y los conflictos entre Falange y Franco, la realidad proponía un mejor análisis, que rebajaba la exageración de una discrepancia absoluta de proyectos, de un antagonismo inicial del diseño del nuevo Estado y los propósitos del falangismo de 1936.

El drama debe explicarse por su motivo fundamental: el cautiverio y muerte de José Antonio, el Jefe Nacional indiscutido, el líder carismático, fundador y personalización plena del espíritu falangista. Su ausencia resultó desastrosa, porque eliminó la necesaria autoridad dentro un movimiento muy joven, sin tiempo para madurar su estrategia política y que, para mayor y paradójica desdicha, estaba viendo crecer su militancia hasta convertirlo en una organización de masas sin dirección. Era, precisamente, la situación inversa a la de la Falange de antes de la sublevación de 1936, en la que se ponderaba la calidad de sus cuadros dirigentes a los que faltaba, sin embargo, el apoyo del que gozaban otras fuerzas políticas. Falange, como dijo su fundador, había quedado en una «altiva intemperie» en los años en que ni sus propuestas nacionalizadoras fueron aceptadas por la izquierda, ni sus demandas de justicia social tenidas en cuenta por la derecha. Solo las circunstancias excepcionales de 1936 rompieron los diques de contención que impedían aquella síntesis proclamada en octubre de 1933. Pero, entonces, la afluencia de tantos jóvenes quedó lastrada por la desaparición de los líderes que debieron inspirarles y protegerles del oportunismo. La angustia de José Antonio al pensar, en vísperas de su ejecución, en la sangre que podría verterse en vano, cobraba así su pleno sentido.

La crisis de dirección del falangismo está en la raíz del mito de Hedilla. No fue el líder santanderino un hombre que se negara a llegar a acuerdos con Franco ni con el tradicionalismo. Las confesiones del círculo más próximo a la familia de Primo de Rivera, como Agustín Aznar o Sancho Dávila, le acusaron de todo lo contrario, de entregar el partido a los jefes militares. Hedilla, un hombre bondadoso en tiempos de cólera y humilde en horas de arrogancia, sabía que la salvación de Falange no dependía de la lealtad a lo que había sido antes, sino de lo que podía llegar a ser en una fase tan propicia. No se opuso, por tanto, a la unificación de abril de 1937. Trató, eso sí, de encauzarla protegiendo la hegemonía de Falange y una cierta autonomía de sus mandos más antiguos. Aislado de buena parte de la dirección del partido, Hedilla vio debilitarse su posición frente a Franco que, astutamente, aprovechó las disensiones de los falangistas para imponer su mando absoluto, que le permitió descargar todo el rigor de la represión sobre el último Jefe Nacional de Falange. Y Hedilla fue a la cárcel, a la marginación en la España por la que había luchado desde su militancia nationalsindicalista de 1932, mientras sus feroces críticos pasaban a disfrutar del poder alcanzado gracias a la victoria.

Hedilla se convirtió en mito no por lo que realmente sucedió en aquella Salamanca de 1937, confusa y trágica. No lo fue ni siquiera por el inmenso precio personal que pagó. Fue un mito porque aquellos ideales fundacionales del falangismo eran portadores de una idea de España generosa y abnegada. Una revolución pendiente cuyos valores patrióticos y cuya sensibilidad social a nadie pueden resultar indiferentes. Y cuya derrota, desnaturalización y envilecimiento han de constar en la comprensión de una parte esencial de nuestro siglo xx.

Tomado de *Diario ABC*

**Si deseas recibir esta Gaceta envíanos tu dirección a [secretaria@fundacionjoseantonio.es](mailto:secretaria@fundacionjoseantonio.es). Y si consideras puede interesar su contenido a algún amigo, facilítanos su dirección de correo.**

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea. Para ello, pincha en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

**<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>**

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.